

ha perdido del todo su virtud defensiva y la ampara un tanto contra indiferentes, insensibles o ignorantes, contribuyendo a remansar aquellas corrientes minadoras, y a conservar buena parte del ambiente histórico y religioso que respiró el Santo alcantarino.

¡Venturoso milagro! Milagro que está íntimamente ligado al hecho de que el mismo Pedro de Alcántara podría, aún hoy, circular por esta plaza cacereña sin asombros ante la feliz circunstancia de no haber sufrido alteraciones sustanciales, con la ventaja para los tiempos presentes de percibir con más fuerza evocadora, por acumulación el lejano y acompasado murmullo que mana del manantial de una historia más prolongada, aunque su cadencia sólo llegue a oídos que tengan voluntad de oír.

A este adorable conjunto urbano debe, pues, Comendador una gran parte de su labor genial, en cuanto a su valor eficiente. Inmerso en este ambiente sereno y grave de la plaza, pleno de trascendencia y de sugerencias, acomodó prodigiosamente a él toda la dialéctica de su obra, con lo que, metiendo todo el espíritu y todo el valor estético de aquel lugar en el bronce, ahora se lo devuelve éste con la misma imperceptible pausa de tiempo que las piedras viejas de su contorno, es decir destilando, como ellas, puras esencias que recoge la historia en su filosofía, la poesía en sus versos, el artista en sus creaciones, el hombre sensible en el subconsciente... Porque en su imagen ha concentrado el artista un rico potencial de emociones, cuya descarga paulatina no es estimulada por paroxismos teatrales, por histerismos curiosos, por contracciones absurdas de la carne, por actitudes dramáticas de estudio, por exposición complacida de sufrimientos. Comprendió que el dolor del Santo y su intenso dramatismo sólo podía influir en él por medio de plácidos estados de gozo, seguro como estaba que eran camino de su salvación y de su gloria y sólo mentalmente puede interpretarse su anatomía moral, que, siendo interna, fluye en venas de amor divino para las personas piadosas y creyentes y los espíritus sensibles y cordiales, y por eso ese dolor tenía que ser más sugerido que revelado y, precisamente, de un modo impalpable, sin expresión formal, algo que sólo una plaza como la de Santa María puede detectar, como el leve rumor de una oración inacabable, el desgranamiento de una meditación ininterumpida, la contemplación ensimismada de un horizonte invisible, o la sonrisa ante una visión celestial, tan expresiva en su rostro.

Hemos de felicitarnos, por lo tanto, de que a San Pedro de Alcántara no se le haya colocado en la *mejor plaza de Cáceres*, hospedándolo, con tino infrecuente en estos casos, dentro de nuestro recinto antiguo y en lugar que, como ahora, debemos de hacer siempre depositario de las gestas y tradiciones que por su edad le pertenecen. Al amparo de la dorada torre de nuestra iglesia mayor, cuyo peso gravísimo no es, sin embargo, mayor que el de la ingente gravedad del Santo en cuanto a la fortaleza de su fe y la grandiosa re-

sistencia para la mortificación y la penitencia, ha sido colocado tan cerca de los transeúntes y es tan arrolladora su presencia física y moral, que por fuerza habrán de reanudarse con más intensidad los contactos de amor con los hijos de esta ciudad, que tan cerca lo tuvieron en vida, y a tantos de cuyos espíritus levantó hacia el em-píreo.

* * *

Una consideración última: Hay mucho de audacia y aún más de originalidad—sin asomos de concesiones calculadas, en ningún sentido—en todo lo que se pueda referir a la idea creacional que ha presidido esta concepción escultórica de San Pedro de Alcántara, y al hecho del lugar de su emplazamiento. Entre ambos aspectos discurren problemas y surgen resoluciones, es verdad que sutiles, pero, de todos modos, infrecuentes.

Sin embargo, la robusta vejez de la plaza no ha perdido un adarme de su armonía; más bien la ha aumentado con su San Pedro de Alcántara, que, antes que resultar un aditamento anacrónico, viene a completar la serie de valores espirituales que contiene aquel recinto urbano. Por eso, bien podemos agregar que esta plaza, a su categoría histórica, a su interés arqueológico, a su riqueza artística, a su fuerza evocadora, a su atractivo romántico, a su sabor entrañablemente local, une, desde ahora, una sorpresa y una nueva emoción inesperada, que puede resolverse en algo mejor que en un goce estético más: queremos decir que en una fecunda inquietud.

JOSE DE HINJOS

ACORDE LIRICO

X

Llevemos en la suela del zapato
el polvo del camino
y en el fondo del alma
un ansia insatisfecha de infinito.

PEDRO ROMERO MENDOZA